

¿Hay un lugar para las mujeres jóvenes en el medio rural? Sus estrategias de inserción social y laboral en el medio rural español

Resumen

Cecilia Díaz-Méndez

A lo largo de las últimas tres décadas, las jóvenes rurales españolas se han ido marchando de su medio de origen de manera persistente y continuada. Esto ha dado lugar a una elevada tasa de masculinización y a un fuerte envejecimiento en el medio rural. Sin embargo, todo apunta a una revitalización demográfica, lenta pero perceptible, apoyada en una nueva generación de jóvenes, las hijas de las que no se han ido. Las mujeres que en los años ochenta huyeron del mundo rural en busca de mejores condiciones de trabajo, de relación y de vida, se encuentran hoy con una nueva generación de mujeres que ve en el mundo rural una oportunidad.

Palabras clave: mujeres rurales; juventud rural; estrategias de inserción sociolaboral; cualificación; arraigo.

Introducción

A lo largo de las dos últimas décadas, el medio rural español ha sufrido cambios sociales que han afectado a las estrategias de inserción social y laboral de las mujeres jóvenes. En estos años han proliferado estudios sobre las condiciones de vida y trabajo de este colectivo con el fin de conocer estos cambios.¹ Todos ellos, con diferentes matices y apreciaciones, han dejado en evidencia la subordinación femenina, las peores condiciones de vida de las mujeres y las particulares dificultades que hacen de su inserción social y laboral un importante motivo de análisis desde una perspectiva de género. Tanto es así que en el último estudio sobre la juventud rural, una de sus conclusiones apunta a lo siguiente: “La principal peculiaridad de la juventud rural no es otra que su extraordinaria diferencia interna por razón de género” (González y Gómez Benito, 2002: 15).

El despoblamiento, el envejecimiento y la desagrarización son, sin duda alguna, los pilares sobre los que se asientan los cambios que han afectado a las diferentes generaciones de jóvenes rurales (Camarero, 1997). Pero si estos factores constituyeron en los años ochenta las bases explicativas de los cambios, la juventud española actual debe analizarse, además, a partir de las nuevas funcionalidades del medio rural, en un contexto de reivindicación de las igualdades entre géneros en una creciente revalorización de la ruralidad y de la naturaleza (Molinero Hernando, 2004).

* Fecha de recepción: 16 de marzo de 2010. Correo electrónico: cecilia@uniovi.es

¹ González, de Lucas y Ortí (1985), Camarero, Sampedro y Vicente-Mazariegos (1991), Camarero (1997), García Ramón y Baylina Ferré (2000), González y Gómez Benito (2002), Camarero y Oliva (2004), Díaz Méndez y Dávila Díaz (2008).

En este contexto, es preciso concretar de qué modo han cambiado las vidas de las distintas generaciones de mujeres y preguntarse si las jóvenes de los ochenta se enfrentaban a su futuro de un modo similar o diferente al de las mujeres rurales jóvenes de hoy. Nos preguntamos qué hacían en los ochenta las menores de 30 años, aquellas a las que los analistas describieron como un *círculo quebrado* (Camarero, Sampedro y Vicente-Mazariegos, 1991) para referirse a la ruptura generacional en los modelos de integración laboral.

Preguntarnos también cuáles son las pautas de inserción social y laboral de las jóvenes de hoy, las que generacionalmente pueden ser las hijas de aquellas o que en cualquier caso son lo que algunos han llamado *generación soporte* (Camarero, 1997) al referirse a las generaciones de jóvenes que no emigraron en los años ochenta y nacieron con el *baby boom* de los sesenta. Las fuertes transformaciones de estos años hacen necesario plantearse si hay un lugar para las jóvenes en el medio rural, y esto es lo que vamos a plantear en este trabajo.

Nuevos y viejos comportamientos: las estrategias de expansión formativa

En España, los datos sobre la formación de las mujeres rurales indican que el nivel medio de estudios reglados de la población femenina en las áreas rurales es inferior al masculino en el mismo medio y también al del conjunto nacional femenino (Prados Velasco, 2000; Vera y Rivera, 1999). Esta diferencia procede, fundamentalmente de las generaciones de mujeres adultas y ancianas. Son las mujeres mayores las que adolecen de instrucción formal, mientras que entre las jóvenes ha aumentado sensiblemente el nivel educativo. Pero esta tendencia formativa hacia el aumento del nivel educativo no sólo las separa de las mujeres de otras generaciones, sino también de sus coetáneos varones (González y Gómez Benito, 2002).²

Estas orientaciones hacia los estudios de las mujeres más jóvenes del medio rural empezaron a fraguarse en la década de los ochenta (Vicente-Mazariegos, 1993). En estos momentos comenzaron a modificarse las estrategias familiares campesinas orientándose hacia el apoyo en la formación de las hijas y favoreciendo, por el contrario, la inserción laboral temprana de los hijos varones (Díaz Méndez, 1997; González y Gómez Benito, 1997).

Estas incipientes tendencias en las décadas precedentes fueron consolidándose en los años posteriores y, mientras las jóvenes persistieron en esta estrategia formativa de manera continuada, las nuevas generaciones de jóvenes varones no tuvieron una trayectoria tan consistente. Se ha corroborado que mientras las mujeres jóvenes persisten en su estrategia de formarse, independientemente de lo que suceda en el entorno, los jóvenes de su misma edad optan por la inserción laboral si el mercado de trabajo ofrece oportunidades y, sin embargo, continúan estudiando si se limitan las oportunidades de empleo (González y Gómez Benito, 2002: 43).

Pero el aumento de formación entre las mujeres ha ido acompañado de algunos efectos, no siempre previstos ni deseados, y que han variado con el tiempo. La prolongación de los

² Sirva de ejemplo que entre las jóvenes rurales hay 12.1% con estudios universitarios frente al escaso 5.7% de hombres.

estudios ha sido la vía preferente de abandono del medio rural de las mujeres jóvenes, una vía segura para alejarse de la familia de origen y asentarse en un entorno urbano. Este objetivo ha sido alcanzado por un gran número de mujeres de las primeras generaciones, logrando con la formación un empleo urbano concordante a ella y distanciándose no sólo físicamente sino culturalmente, del medio rural.³ La *sobreilustración* femenina, como apuntan algunos analistas (Sampedro Gallego, 1991), ha distanciado a las mujeres jóvenes del pueblo, pero también ha tenido otro efecto, alejarlas de sus coetáneos varones, que no han proseguido la formación y con los que se ha ampliado la brecha intrageneracional favoreciendo tanto la masculinización de los pueblos como la soltería masculina. Esta soltería se ha reforzado al emplear las mujeres más jóvenes otra vía de desarraigo, el matrimonio con jóvenes urbanos, logrando con ello el mismo objetivo de alejamiento del medio rural y de la familia de origen (Díaz Méndez, 1997b).

Todo ello ha contribuido a generar un efecto paradójico: si la formación de las nuevas generaciones suele ser garante de continuidad y desarrollo de una sociedad, en el medio rural ha contribuido a su abandono y masculinización. Las mujeres más formadas se asentaron en el medio urbano, otras menos formadas lo hicieron tras el matrimonio, pues la ciudad ofreció a las generaciones de mujeres jóvenes de los años ochenta y noventa, un marco apropiado para el desarrollo de sus expectativas vitales y profesionales que el entorno rural les negaba.

La estrategia formativa de éxito asegurado en tanto logró el alejamiento definitivo del medio rural, comienza ahora a ponerse en cuestión y parece despuntar una nueva estrategia femenina para lograr el mismo objetivo. Si antes la prolongación de los estudios contaba con la percepción de ser una vía de éxito asegurado, los datos sobre el paro juvenil y, en particular, el desempleo femenino de mayor cualificación,⁴ han modificado esta percepción entre las familias, entre las propias mujeres y entre la población rural.

Es cierto que el esfuerzo educativo de las mujeres rurales es un rasgo que destaca frente a otros grupos, pues incluso cuando los jóvenes españoles comienzan a retroceder en su entrada a la escolarización obligatoria, las mujeres rurales parecen persistir en ello, no obstante se apunta ya una tendencia que se viene detectando cualitativamente: los porcentajes de jóvenes que siguen enseñanzas posobligatorias cae en las cohortes de los 18 a 21 años (González y Gómez Benito, 2002: 39).

En grupos de discusión y entrevistas se deja ver el efecto disuasorio de las dificultades de inserción laboral de las jóvenes más formadas, reafirmando quienes optan por el abandono escolar en unas estrategias de inserción que no pasan, de manera tan exclusiva como en el pasado, por el aumento del nivel educativo. Estadísticamente los efectos no parecen significativos aún (habría que esperar a datos futuros) pero el discurso sobre las escasas expectativas de inserción laboral de las jóvenes que siguen estudiando se deja sentir entre las mujeres jóvenes

³ No existen datos que confirmen la inserción laboral de estas mujeres orientadas hacia la vida urbana y hacia los estudios, pero su inserción social ha sido corroborada al no retornar al medio rural del que han salido.

⁴ Se puede ver con detalle en la *Encuesta de Población Activa* al explorar los resultados por sexo y edad.

de todos los niveles educativos, siendo motivo de reflexión especial para aquellas con menor formación (Díaz Méndez y Dávila Díaz; 2006).

La estrategia expansiva en relación con la formación iniciada por las jóvenes rurales en la década de los ochenta se ha visto ralentizada hoy, entre otras cosas, por un cambio en las percepciones sobre las posibilidades reales de lograr, a través de la formación, la deseada inserción laboral en el medio urbano.

Efectos de la desagrarización sobre las mujeres jóvenes

La desagrarización del medio rural, es decir, la pérdida de la centralidad en las actividades agroganaderas, ha sido un fenómeno ocupacional detectado de manera sostenida en los análisis sobre el cambio en el medio rural español desde los años ochenta.⁵ Pero lo es aún más cuando nos referimos a las implicaciones de género que se esconden detrás del descenso de la actividad agraria.

Según la explicación dada por algunos analistas de este fenómeno que relaciona género y actividad agraria, la agricultura no es atractiva para las mujeres, pues las estrategias familiares y la propia valoración de la actividad no han favorecido la permanencia de las jóvenes en las explotaciones familiares agrarias (García Bartolomé, 2000). En la década de los ochenta la estructura ocupacional femenina se encontraba dividida en dos grupos: las mujeres adultas insertas en actividades agrarias, principalmente como *ayudas familiares*, y las más jóvenes en el sector servicios unas y en ocupaciones domésticas otras, con tendencia a la terciarización entre las jóvenes en los asentamientos más poblados (Sampedro Gallego, 1991). En esta época había más esposas de agricultores que agricultoras y la participación femenina en la actividad era claramente secundaria como *ayudas familiares*.

Así mismo, entre las jóvenes se daban situaciones de ocupación sin ingresos, entre aquellas que, aun trabajando, no recibían remuneración directa por el trabajo agrario realizado. De esta situación de *ocupados sin ingresos*, parecen salir con el tiempo los jóvenes varones hacia el trabajo agrario en mejores posiciones ocupacionales, pero la situación de dependencia de las mujeres vinculadas a las familias agrarias se prolonga entre las mujeres jóvenes (González, De Lucas y Ortí, 1984).

Los datos censales posteriores muestran el rechazo de las mujeres a insertarse en la actividad agraria (al menos en la familiar). Esto se visualiza a través del descenso de su implicación en las explotaciones familiares en las categorías ocupacionales de *ayudas familiares*. Lo que algunos autores han definido como *tasa de intensidad de incorporación a la explotación agraria* ha sido muy reducida en el caso de las mujeres (García Bartolomé, 2000),⁶ mostrándose en la década de los noventa un trasvase hacia la domesticidad de aquellas mujeres que permanecieron en la explotación agraria familiar.

⁵ Se puede ver el monográfico realizado en la revista *Política y Sociedad*, núm. 9, 1991.

⁶ García Bartolomé calcula que asciende a 17.1% entre los años 1994 y 1998 (García Bartolomé, 2000).

Para las más jóvenes, ser solamente *ama de casa*, en este entorno de infravaloración de la participación laboral femenina en la agricultura propia de la década de los noventa, se convierte en una opción más interesante que permanecer como ayudantes sin sueldo de los varones. Entre las más grandes se ha visto, sin embargo, un aumento de las titularidades agrarias, en particular en algunos territorios del norte español, pero los estudios sobre esta cuestión indican que no se trata de una nueva estrategia femenina de inserción pues estas titularidades están asociadas, en la mayoría de los casos, a una *agricultura insuficiente*⁷ propia de explotaciones agrarias marginales, sin continuidad o de escasa rentabilidad (García Bartolomé, 2004).

Las mujeres han seguido unos pasos claros hacia la desvinculación de la actividad agraria, un proceso de desagrarización que se puede ver aún con más fuerza entre las nuevas generaciones de mujeres, que han abandonado la tradicional posición de ayudas familiares y persistido en su estrategia de distanciamiento de la agricultura familiar, como se muestra en el escaso porcentaje de las que se encuentran hoy en esta situación (González y Gómez Benito, 2002).⁸

Pero además de esta falta de interés por integrar laboralmente a las mujeres en la agricultura, las mujeres de las familias agrarias se han encontrado con graves dificultades para su incorporación a los procesos formativos de carácter ocupacional y continuo (Langreo, 2000). Las fórmulas legales que regulaban la participación en la actividad agraria (o no están registradas en el paro, o no poseen la titularidad de la explotación) les han impedido optar por una formación orientada a la especialización en aquella actividad que más conocen.

Al considerar las familias que se trata de una formación aprendida en el seno del grupo doméstico y cuyo aprendizaje formal sólo se ofrece a quienes esperan su profesionalización, los elegidos son los varones más jóvenes quedando excluidas las mujeres (González, de Lucas y Ortí, 1985). La masculinización del sector se afianza así con la formación de aquellos de los que se espera se profesionalicen los hombres jóvenes.

Las políticas agrarias han tenido también su papel en este proceso de cambio en las estrategias femeninas. Los efectos de las primeras políticas europeas de instalación de jóvenes en la agricultura, han tenido como se conoce, un desigual efecto territorial e importante (aunque menor que en el resto de Europa) sobre la inserción laboral de los jóvenes varones (Moyano Estrada y Fernández Durantez, 1990). Aunque existen datos desagregados por sexo para las políticas de incorporación de jóvenes, no se ha analizado en detalle el impacto de género.

Al tenor de las que se han visto afectadas por los programas de inserción laboral, el efecto sobre las mujeres ha sido muy limitado (García Bartolomé, Gómez Benito y González, 2002).⁹ Cabe destacar, no obstante, el mayor impacto obtenido a partir del giro hacia el enfoque territorial dado a las políticas europeas tras la reforma de la PAC de 1992 (Langreo y Benito García, 2005).

⁷ En España, la primera en utilizar este término fue Etxezarreta (1985).

⁸ Según estos autores, en la *Encuesta de Juventud Rural* de 1984 se situaban como ocupadas agrarias 17% de mujeres y en la encuesta del año 2000 sólo 2% (González y Gómez Benito; 2002:17).

⁹ En este trabajo se realiza un análisis de las ayudas solicitadas por grupos de edad y tipo de ayuda (p. 94). También se analiza la valoración que hacen los agricultores de la situación del sector tras la incorporación de España a la Unión Europea.

Las nuevas formas de entender el desarrollo incorporando actividades, nuevos actores y considerando el carácter multifuncional y no exclusivo de la agricultura, es un escenario donde tienen mayor acogida los roles adoptados por las mujeres rurales. Así mismo, las nuevas políticas europeas de igualdad entre géneros muestran, a partir de los años noventa, los nuevos caminos seguidos por las administraciones para apoyar específicamente la inserción laboral de las mujeres.¹⁰

No existen estudios que permitan confirmar la hipótesis de una relación causal entre las nuevas políticas agrarias y la inserción laboral de las mujeres rurales, pero en el marco de estas políticas surge la figura de emprendedora como categoría de atención institucional.

En este contexto, ofrece la posibilidad de potenciar un fenómeno aparentemente nuevo en el medio rural, el empresariado agrícola rural femenino, lo que contribuye a hacer visible una realidad creciente, pues el porcentaje de mujeres altamente profesionalizadas que se incorporan a las explotaciones agrarias se duplica en diez años (García Bartolomé, 1999).¹¹ Pero además, se detecta un aumento general de las iniciativas de carácter empresarial (no exclusivamente agrarias), un número que crece más que el de autónomas urbanas.¹²

Analizado este fenómeno, se detecta que el autoempleo femenino en el medio rural parte de mujeres con escasa formación, con dificultades sociales para tener iniciativa, sin dinero propio y con escaso apoyo familiar e institucional. Según el estudio realizado por Saborá, S.L. (Langreo, 2000), las mujeres emprendedoras rurales responden al perfil de mujer parada o inactiva, con una edad media entre 30 y 45 años y con formación básica. Los trabajos más recientes sobre este colectivo de emprendedoras (Camarero y col., 2005) no apuntan hacia un empresariado novedoso en el entorno. Como los propios autores indican, la mayoría de las actividades de las emprendedoras se relacionan con la legalización de actividades tradicionalmente desempeñadas por las mujeres como trabajo invisible no declarado (comercios, peluquerías, hostelería, agricultura, tiendas familiares, etcétera), y en muchos casos ni siquiera se visualizan, manteniéndose en la economía sumergida.

Estas situaciones ponen en evidencia que detrás de estas decisiones hay un cúmulo de factores alejados de lo psicológico y más propios del entorno social y familiar en el que surgen las iniciativas empresariales.¹³ Para Camarero (2005: 69) la emprendedora rural se mueve en un espacio intermedio entre el mercado y la familia y desarrolla su actividad en

¹⁰ Se puede ver un repaso de estas políticas de género y su vinculación rural en Camarero y otros (2005: 30-50).

¹¹ Han pasado de significar 11% del total de incorporaciones de jóvenes durante el periodo 1989-1993 a 24% durante 1994-2000 (García Bartolomé, 1999).

¹² No resulta fácil determinar la posición laboral de las mujeres en la actividad económica con las estadísticas al uso, por ello algunos autores han optado por utilizar la *Encuesta de Calidad de Vida en el Trabajo* que permite la comparación urbano/rural y determina la posición laboral en la economía formal por sexos. Se puede ver el cuadro elaborado por Camarero, 2005: 84, a partir de esta encuesta y con datos de 2001. En ella las mujeres rurales empresarias o autónomas constituyen 20.7%, frente a 11.8% de mujeres urbanas en la misma situación. También es superior el porcentaje de varones empresarios en el medio rural (27.8% frente a 17.5% en el medio urbano). Por su parte, González y Gómez Benito (2002) constatan que los porcentajes de jóvenes autónomas han aumentado aproximándose al de los varones. En 1884 había 12% de varones jóvenes y 7.8% de mujeres jóvenes autónomas agrarias.

¹³ Se menciona aquí el aspecto psicológico puesto que es una de las explicaciones apuntadas desde la economía de la empresa para hablar del carácter emprendedor de algunos individuos y de su capacidad de innovación.

un entorno en el que, al igual que sucedía en su tradicional vinculación agroganadera, se confunde la actividad familiar y empresarial. Los autores lo confirman: “el empresariado rural femenino es doméstico” pues los sectores en los que las mujeres trabajan como autoempleadas son aquellos claramente vinculados a negocios familiares.

Esto es así también para las empresarias de turismo rural, pues aunque la mitad de los titulares de estos negocios son mujeres, se concibe la actividad como una prolongación del trabajo doméstico (Alario Trigueros, 2004). Las empresarias rurales están vinculadas a sus familias tanto si son agrarias como si no lo son, pero destaca en particular que las mujeres asuman tareas que les permiten lograr una relativa autonomía al margen de los avatares seguidos por las explotaciones familiares de su entorno más próximo.

Estas *emprendedoras domésticas* no constituyen un perfil novedoso dentro del medio rural, pero sí lo son las mujeres que, con formación, inician una actividad empresarial. En España, los escasos estudios existentes sobre esta cuestión, no ofrecen información detallada, pero indican que estas mujeres jóvenes recurren al autoempleo ante las persistentes dificultades de inserción, pero aparecen como un sector emergente en espacios donde la cualificación es más un problema que una ventaja (Paniagua, 2002).

Junto a estos cambios ocupacionales que apuntamos, ligados a la desagrarización del medio rural y a lo que algunos autores en el pasado definieron como pluriactividad de las familias rurales,¹⁴ han convivido los cambios en la domesticidad femenina. En los años ochenta el descenso de la participación femenina en las actividades familiares agrarias las llevó hacia diferentes caminos mostrándose lo que Sampedro Gallego denominó en su momento *ruptura generacional*¹⁵ haciendo referencia a dos trayectorias diferenciadas en función del género y del territorio: todas intentan saltar al sector servicios si el mercado de trabajo lo favorece, pero las de mayor edad y que residen en asentamientos más pequeños lo tienen más difícil. Si no hay oportunidades laborales fuera de la familia las mujeres optan por la integración familiar, pero la participación laboral familiar se reduce significativamente entre las más jóvenes.¹⁶

Así, en los ochenta la disponibilidad de las mujeres es total y está supeditada a los avatares del mercado de trabajo local o a las variaciones del empleo externo no agrario de los varones. Como habíamos apuntado, para las mujeres jóvenes de mayor edad y con menores oportunidades de inserción laboral, ser solamente *amas de casa* se convierte en una posición social interesante pues reduce su flexibilidad estabilizándolas en una única actividad, la de ocuparse del hogar y de la familia. Pero si en los años ochenta e incluso en los noventa (Díaz Méndez, 1997), la opción de ser *ama de casa* fue una oportunidad interesante para lograr la integración social de las mujeres que permanecían en el medio rural, las nuevas generaciones de mujeres más jóvenes no lo perciben así. Los datos recientes apuntan como un rasgo definitorio de las

¹⁴ Extezarreta (1985).

¹⁵ La autora lo cita así en su trabajo de 1991 utilizando datos del censo de 1981. Además lo diferencia por tipo de asentamiento.

¹⁶ Si en 1984 había 54.7% de mujeres ayudas jóvenes-ayudas familiares, en el 2000 este porcentaje no supera 8% (González y Gómez Benito, 2002).

nuevas situaciones ocupacionales, el importante retroceso de la domesticidad femenina entre la población más joven¹⁷ (González y Gómez Benito; 2002).

Las jóvenes comenzaron negándose a los papeles secundarios en la agricultura, se acogieron a las tareas domésticas para huir del trabajo del campo y deciden ahora optar a empleos remunerados fuera del ámbito doméstico y familiar. Han seguido unas estrategias continuadas de alejamiento de las condiciones de vida que más les dificultan el logro de la autonomía económica y personal, lo que las ha llevado a adoptar medidas que las alejan del entorno agrario, en un primer momento, y del doméstico más recientemente.

Siempre queda la duda respecto a las posibilidades reales de consolidar estas tendencias en el futuro, y ante los datos de domesticidad de las jóvenes de mayor edad¹⁸ y si además tenemos en cuenta que esta es más alta en el medio rural que en el urbano a partir de los 40 años,¹⁹ cabe preguntarse si la huída de la vida doméstica es solamente un momento del ciclo vital de estas jóvenes. Es posible que algunas de ellas retornen con la edad a las posiciones domésticas tradicionales, si se limitan las oportunidades para desvincularse del rol tradicional de ama de casa.

La persistencia femenina en la salarización

La pauta ocupacional más característica seguida por las mujeres rurales ha sido, sin duda, la persistencia en mantenerse en el mercado de trabajo asalariado. Esta entrada ha sido paralela tanto al proceso de desagrarización del medio rural como al alejamiento del rol tradicional de *ama de casa* que antes apuntábamos. No se trata sólo de una respuesta a la disminución de la actividad productiva agraria, es más bien una respuesta a la expulsión de las mujeres de una actividad que se profesionaliza fundamentalmente a través del trabajo masculino, y una estrategia en busca de las condiciones de vida que se otorgan a los trabajadores y trabajadoras asalariadas fuera del grupo familiar y que, sin embargo, se les niegan a ellas en su seno.

Empujadas a veces por las necesidades económicas del grupo familiar y estimuladas también por el reconocimiento social y económico del que carecen en sus familias, lo han buscado en trabajos remunerados fuera de la familia de origen aunque dentro del entorno rural. Algunas de estas actividades son nuevas. El empleo en el sector servicios ha aparecido paralelamente al impulso del turismo en las áreas rurales. Otras ocupaciones son, sin embargo, tan antiguas como la propia agricultura, el trabajo relacionado con el sector textil, el trabajo asalariado en la agroindustria, aunque cuentan con características nuevas ha sido una fórmula tradicional de pluriactividad del medio rural.

¹⁷ En 1984 se clasificaban como amas de casa 31.5% de las jóvenes rurales y en el año 2000 esta cifra se ha reducido a 8.7% (González y Gómez Benito; 2002).

¹⁸ 18.1% de las jóvenes entre 25 y 29 años se dedican a actividades del hogar (González y Gómez Benito; 2002).

¹⁹ Se puede ver en la descripción que realiza Alario Trigueros (2004).

Las mujeres han sabido aprovechar esta fórmula para mejorar sus propias condiciones de vida y las de sus familias, aunque en muchos casos, como dice Sampedro Gallego haya sido “participando del mundo productivo sin salir del reproductivo” (1999: 19).

Actualmente, casi las tres cuartas partes de las mujeres rurales son asalariadas y se confirma un aumento sostenido de esta tendencia laboral. Según García Sanz, en los municipios menores de 10,000 habitantes la actividad de las mujeres en el sector servicios supera 50% de participación, cifra superior para los varones en este sector y notablemente más alta que la actividad de las propias mujeres en la agricultura. Las cifras sobre desempleo muestran también otros perfiles de interés. Aunque siguen siendo más las mujeres desempleadas que los hombres en esta situación, en los últimos diez años ha aumentado tanto la población activa femenina como la ocupada (García Sanz, 2004).

Los sectores en los que más ha crecido la presencia femenina han sido la industria y los servicios. La presencia de mujeres en la industria está asociada a actividades con una gran tradición en áreas rurales, la industria textil o la agroalimentaria son un ejemplo. Las particularidades de este tipo de actividades han permitido la entrada de mujeres que en su mayoría, esperan compatibilizar sus responsabilidades domésticas con el trabajo remunerado externo. La estacionalidad del empleo en este tipo de industrias se ajusta a la situación de la mujer que acepta condiciones laborales precarias, inestabilidad e irregularidad y se trata frecuentemente de empleos que requieren escasa cualificación y con pocas posibilidades de promoción (Viruela Martínez y Domingo Pérez, 2000).

Las posibilidades de lograr una identidad profesional a través del trabajo mercantil son escasas, ya no sólo por estas condiciones de precariedad laboral, sino también por tratarse de tareas poco especializadas, sin mecanizar, discontinuas e irregulares. En estas condiciones, el trabajo remunerado de la mujer se percibe como un sueldo que complementa otras aportaciones económicas principales, bien sea de una actividad agraria o del trabajo remunerado del hombre.

En el ámbito agroalimentario la mujer rural siempre ha tenido, la agraria en particular, una importante vinculación. La inestabilidad y temporalidad del empleo son pautas que definen estas actividades y también su feminización pues en ellas se emplean fundamentalmente mujeres y entre ellas se da un alto porcentaje de casadas. La presencia tradicional de estas industrias en las áreas rurales o la reciente expansión de algunas de ellas, aumentó significativamente las opciones laborales para las mujeres asentadas en el medio rural y cuentan con dificultades de movilidad.

El sector servicios es, sin embargo, el que absorbe a una mayor cantidad de mujeres, dando empleo a 80 de cada 100 (Viruela Martínez y Domingo Pérez, 2000). Los servicios personales y los de la administración son los más feminizados, con una parte importante de trabajo precario, tanto por su temporalidad como por tratarse de contrataciones a tiempo parcial.

Es particularmente relevante, la presencia femenina en actividades turísticas. Al igual que ha ocurrido con la ayuda domiciliaria, el sector turístico refleja la generalización del rol

tradicional de cuidadora, lo que ha propiciado que sean las mujeres las que asuman con mayor frecuencia estas nuevas actividades rurales de cuidado de personas mayores o la atención a los turistas en la casa rural (Villarino Pérez, y Canovas Valiente, 2000).

En el entorno rural en el que se desarrollan estas actividades, la percepción que se tiene del trabajo remunerado de la mujer es claramente distinta a la del mismo trabajo para el hombre. La aceptación de estas condiciones laborales está generalizada en su entorno y a pesar de sus numerosos condicionantes, la mujer rural mantiene su estrategia de inserción laboral, aun por encima de las dificultades que supone.

Los aumentos persistentes en las tasas de actividad (a excepción de los municipios de menos de 2,000 habitantes), igualándose incluso a las de las jóvenes urbanas, así como el aumento de esta tasa de actividad después del matrimonio (Sampedro Gallego, 1999), hacen pensar que las mujeres consideran más ventajoso mantenerse en el mercado de trabajo remunerado aun con dificultades, que ampararse en el anonimato y la invisibilidad del grupo familiar. Es cierto que en las generaciones de los años ochenta y noventa, no han emergido con particular protagonismo pero hay razones para pensar que ellas continúan en su lenta lucha hacia el reconocimiento social y laboral.

Efectivamente, los datos más recientes sobre la situación laboral de la juventud rural apuntan a una orientación muy centrada en la inserción laboral aunque no carente de dificultades. Las cifras de paro femenino entre las mujeres jóvenes rurales duplican la del masculino, de ahí que una buena parte de ellas hayan preferido estudiar que engrosar las listas del paro. No obstante las cifras sobre la ocupación son muy similares entre géneros y también lo son las tasas de temporalidad (González y Gómez Benito, 2002).

Es cierto que las diferencias por edad resaltan las distancias y el aumento de los que trabajan es más visible y persistente entre los varones que entre las mujeres. Aunque los datos de las jóvenes actuales siguen mostrando un grado de dependencia económica de las mujeres muy superior al de los varones, la proporción de las que hoy son independientes ha aumentado significativamente.²⁰

La edad en todas aquellas cuestiones relacionadas con el empleo y la autonomía económica, parece ser más determinante que el género, aunque incide sobre ellas, precisamente por el hecho de ser mujeres:²¹ el efecto negativo de la edad se deja sentir sobre las mujeres en etapas más próximas al matrimonio y la maternidad mientras que afecta a los varones en sentido inverso.

²⁰ Entre la juventud rural clasificada en este estudio como absolutamente dependiente se encuentran 45.5% de hombres y 69.7% de mujeres. Son independientes 54.3% de los varones y 30.1% de las mujeres (González y Gómez Benito; 2002: 28).

²¹ Se pueden ver los mapas de actividad por sexos y tipo de municipio realizados por Alario a partir del censo de 2001 y citados en el *Atlas de la España Rural* (2004: 116).

Cambios en las relaciones públicas y privadas

Los rasgos de diferenciación entre la población rural y urbana y, en particular, entre la juventud como la situación laboral o el nivel educativo, no destacan hoy tanto como en el pasado. Hoy nos encontramos con estilos de vida semejantes entre la juventud de las ciudades y la que reside en los pueblos. Es curioso, sin embargo, que ante esta tendencia a la homogeneización de los parámetros que antes las diferenciaban más, la juventud rural parece hoy más ligada al territorio que antes. Hay que buscar una explicación al crecimiento del *sentimiento de arraigo* que parece identificar a la juventud rural con su territorio más que a las generaciones de jóvenes de los años ochenta (González y Gómez, Benito, 2002).

La generación joven de los ochenta estaba condenada a la inestabilidad laboral y personal y se encontraba en una posición más proclive al desarraigo. La juventud había sido descrita diciendo de ella que estaba *atrapada entre dos crisis* (González, de Lucas y Ortí, 1984). Hoy, mejorada esta situación tras 15 años de cambios que se perfilan en positivo, el sentimiento de arraigo crece si tenemos en cuenta que la mayoría, 60% dice que se quedaría a vivir en el pueblo si pudiera. Una buena parte de este giro hacia la ruralidad tiene que ver con el cambio en las percepciones que se tienen tanto del mundo rural como del mundo urbano.

Aunque González lo ha matizado recientemente indicando que no se trata tanto de una modificación de las valoraciones acerca de los propios pueblos o de las ciudades sino que "han descubierto que la ruralidad no está necesariamente reñida con las oportunidades vitales y el bienestar social que tradicionalmente se atribuía a las ciudades" (González; 2004). Ambas cosas son ciertas y complementarias: la percepción de la ruralidad ha cambiado y esta percepción no enfrenta hoy al mundo urbano y rural ni muestra los territorios como espacios de desarrollo vital y personal incompatibles.

Como hemos apuntado anteriormente, en los años ochenta las jóvenes tomaron decisiones laborales y formativas concretas en busca de su futuro. En el trasfondo de las decisiones se encontraba un mundo urbano idealizado percibido como un espacio de oportunidades de todo tipo que, en un principio, dio buena respuesta a las expectativas de formación, empleo y relaciones de las mujeres que optaron por el abandono del medio (Díaz Méndez, 1997). Las mujeres que abandonaron el territorio tuvieron también una fuerte desvinculación cultural con el pueblo. La *desruralización*, entendida como la desvinculación emocional y espacial del territorio y de la familia, fue una pauta seguida por quienes abandonaron. Las que se quedaron y también sus hijas, lo ven hoy de otro modo.

Los últimos estudios cualitativos sobre las mujeres rurales jóvenes indican que las jóvenes del nuevo siglo se posicionan frente al territorio, tanto al urbano como al rural, de una forma nueva y diferente a la de las generaciones precedentes (Díaz Méndez y Dávila Díaz; 2006; Díaz Méndez, 2005). Ni la vida urbana aparece como el espacio de las oportunidades, ni la vida rural se idealiza como forma de vida. Las jóvenes conocen bien los problemas que supone vivir

en una pequeña localidad, con fuerte control social, con escasa población juvenil y con limitaciones de recursos y de movilidad.

Pero estos inconvenientes se afrontan con realismo y se buscan alternativas para aminorar sus efectos negativos. En unas pesan más los problemas, no en vano, las más jóvenes y estudiantes siguen siendo el grupo con mayor grado de desarraigo dentro de la tendencia general hacia el arraigo (González y Gómez, Benito, 2002). Otras, por el contrario, destacan las ventajas de la vida rural y buscan formulas para solucionar los inconvenientes que más les alejan del logro de sus objetivos.

Las mujeres más jóvenes de los años ochenta hacían especial hincapié en las dificultades de desarrollo personal e independiente en comunidades rurales donde el control social establecía rígidamente las pautas de comportamiento a seguir (Díaz Méndez, 1997). La marcha del medio rural estuvo rodeada de la búsqueda del anonimato urbano que dio respaldo a unas relaciones interpersonales menos reguladas por la familia y la comunidad rural. Hoy las jóvenes mencionan de nuevo cómo les afecta el control social en los pueblos. Los efectos de este control social sobre el comportamiento femenino se ven, sin embargo, mitigados en tanto el ocio y las relaciones con personas de su edad se establecen básicamente fuera de la comunidad.

El ocio se ha consolidado en el ámbito urbano y juvenil como la vía por excelencia de la socialización entre pares.²² Este gran peso del ocio entre la juventud parece ser similar en el ámbito rural y urbano. Las familias y la propia comunidad rural son conscientes de esta nueva situación, por todo ello la juventud se ve menos presionada a seguir pautas tradicionales en un entorno en el que disminuye la presión vecinal hacia comportamientos diferentes a *los de siempre*. Las jóvenes pueden hoy ser más independientes en estas comunidades que hace unos años, pues tanto las familias como el vecindario se manifiestan más abiertos a nuevos comportamientos aceptando unas pautas de relación semejantes a las urbanas.

Se ha puesto en evidencia para toda la población rural que la juventud no encuentra en este entorno un lugar para los vínculos con los pares, un espacio de relación entre gente de su generación, por ello la apertura al mundo urbano es permanente y posible. Puede observarse este hecho en los desplazamientos realizados por los jóvenes que deja en evidencia la permanente relación de la juventud con la ciudad: los más jóvenes se mueven por los estudios y por ocio y entre los jóvenes más grandes se sustituyen los estudios por trabajo, manteniéndose los desplazamientos por ocio y por compras (González y Gómez, Benito, 2002).

La dependencia actual con la ciudad es un hecho constatado por la población juvenil de los pueblos, pero también lo es la *movilidad pendular* como forma de afrontar este

²² Así lo confirman los estudios nacionales de juventud realizados desde el Instituto de la Juventud del Ministerio de Asuntos Sociales. Esta argumentación es desarrollada por Aguinaga y Comas (1997).

hecho con la naturalidad de un estilo de vida que relaciona de manera inevitable y permanente la ciudad con el pueblo.²³

El pueblo se percibe también hoy, como en el pasado, limitado en servicios, pero sobre todo falto de oportunidades laborales y de relaciones (González y Gómez Benito, 2002). No es extraño que el desarraigo esté más próximo a las jóvenes de menor edad, pues saben que las posibilidades de encontrar pareja están fuera del pueblo y esas oportunidades tienen un marco más favorable en el ocio urbano juvenil.²⁴ También por ello manifiestan un mayor grado de arraigo los y las jóvenes con empleo.

No obstante, los movimientos diarios hacia las localidades con mayores oportunidades de inserción laboral son ya una pauta registrada cuantitativamente en los últimos estudios, conformándose como un movimiento regular de ida y vuelta en aquellos lugares con buenas vías de comunicación de las periferias urbanas,²⁵ pero también en aquellos territorios con posibilidades de movilidad entre localidades próximas²⁶ (Camarero, 2002).

Otro de los aspectos en los que se detecta un cambio cultural es la importante presencia pública de mujeres en el ámbito rural. La participación social implica no solamente una presencia pública visible (que parece haberse logrado con el ocio y, en parte al menos, con el empleo), también supone poder de decisión.

El tradicionalismo del mundo rural ha estado, sin duda, determinando que haya sido posterior la entrada de las mujeres en foros de decisión que su presencia en el ámbito público de la comunidad a través del ocio o del trabajo. Sin embargo, en los últimos años ha crecido sensiblemente el número de mujeres que participan en actividades políticas y sociales poniendo de manifiesto su interés por el espacio público del que con frecuencia habían sido apartadas. Se ha registrado un aumento en la participación de las mujeres en la vida política municipal.²⁷

Esta presencia ha sido importante en municipios entre los 2,000 y 10,000 habitantes, pero sorprendentemente, el crecimiento ha sido mayor en los más pequeños (García Bartolomé, 2000). La participación de las mujeres en asociaciones de carácter cultural ha tenido un crecimiento importante, y aunque algunos técnicos de ciertas zonas de España han afirmado que el crecimiento se ha producido sobre todo en asociaciones de amas de casa (Nuevo España, 2000)²⁸ también se detecta un aumento del asociacionismo juvenil femenino de otro carácter, en particular el político y sindical (González y Gómez Benito, 2002).²⁹

²³ Se han visto en los trabajos cualitativos locales como el realizado en Asturias por Díaz Méndez y Dávila Díaz (2006) y han cuantificado el fenómeno y utilizado esta denominación Camarero y Oliva (2004).

²⁴ Entre la juventud rural actual 63% tiene relaciones de noviazgo fuera del propio territorio (González y Gómez Benito; 2002).

²⁵ Se puede ver un buen trabajo sobre la movilidad y su impacto en las poblaciones locales en González Fernández (2002).

²⁶ En algunos trabajos se ha constatado que este diario movimiento poblacional para trabajar está segmentado en razón del género, teniendo las mujeres mayores dificultades para lograr una movilidad pendular de este tipo. Así lo han manifestado Camarero y col. (2005).

²⁷ En las elecciones de 1995, en municipios de menos de 2,000 habitantes, se presentaron 14,449 mujeres candidatas, salieron elegidas 4,442. En las elecciones de 1999 se presentaron 19,302, se eligieron 6,165 (García Bartolomé, 1999). Los datos referidos a las últimas elecciones muestra también la presencia creciente de mujeres en la política municipal (Instituto de la Mujer).

²⁸ La autora, miembro de una asociación de mujeres, confirma este hecho para el medio rural de Castilla León.

²⁹ Las jóvenes rurales que pertenecían a alguna asociación de tipo cultural en 1984 representaban 8% y hoy agrupan a 11% de las jóvenes rurales. Además, ha crecido más que el asociacionismo juvenil masculino en el ámbito cultural y en el de partidos y sindicatos (González y Gómez Benito; 2002).

La participación femenina ha crecido en las organizaciones profesionales agrarias y en las cooperativas, destacando el aumento de la presencia femenina en sus órganos de dirección, aunque no significativamente representadas en los puestos de responsabilidad.³⁰ Este rasgo también particulariza al personal de las oficinas gestoras de programas de desarrollo del medio rural, entre las que se encuentran mujeres altamente profesionalizadas.³¹

En definitiva, todos estos cambios culturales apuntan a una reducción de las diferencias entre la ciudad y el pueblo contribuyendo a la ruptura de las tradicionales dicotomías entre la sociedad tradicional y la moderna. Pero esta situación no está exenta de conflictos, en particular para las mujeres y los jóvenes que parecen vivir en un permanente dilema entre los valores más individuales que han aprendido y otros más grupalistas propios de la ruralidad tradicional.

Sin embargo, la dicotomía marchar o permanecer en el territorio, que marcaba claramente las tendencias en los años precedentes, es hoy menos contradictoria. La juventud ya no tiene que decidir sobre la permanencia o la marcha del pueblo, sino que hoy busca (y encuentra) fórmulas que permiten hacer compatibles ambos mundos.

Ser rural hoy es algo poco definido y ambiguo. Los atributos de la ruralidad en la modernidad son complejos y en este nuevo escenario la dicotomía rural/urbano ya no es operativa para interpretar la realidad. En este contexto, las mujeres elaboran unas representaciones sociales propias de la ruralidad con el objetivo de hacer compatibles estos dos mundos, con los que, no sólo deben, sino con los que desean convivir (Díaz Méndez, 2005). Buscan dar significado a lo rural, *crearlo* para buscarse a sí mismas en él. Por eso podría decirse que construyen *una nueva ruralidad*.

Cambios en las estrategias formativas y laborales

Las jóvenes rurales han persistido en su estrategia de utilizar la formación como vía para lograr sus objetivos, pero éstos se han modificado a lo largo de las últimas dos décadas por lo que también han variado las vías empleadas para alcanzarlos. La formación sirvió de preparación a las jóvenes para el mercado de trabajo aumentando sus posibilidades de encontrar empleo, pero sirvió además para alejarlas de la familia de origen y del medio rural otorgándoles una autonomía personal y un reconocimiento social que no tuvieron aquellas que permanecieron en la familia y en el pueblo. Pero esto también fue alcanzado por otras a través del matrimonio, con lo que la marcha del pueblo y el reconocimiento social llegó igualmente con la creación de una familia propia en la urbe.

³⁰ Aproximadamente 20% de los socios de cooperativas agrarias son mujeres, aunque no alcanza 1% de aquellas que ocupan puestos de responsabilidad (García Bartolomé; 1999).

³¹ En Andalucía se ha realizado un interesante estudio con el objetivo de conocer los procesos de toma de decisión de las mujeres en el medio rural andaluz en dos ámbitos: el de la política municipal y el de la gestión empresarial (Palenzuela y col., 2002). No existen en España otros trabajos de este tipo y nos muestra algunas de las claves de esta importante participación social a través de la descripción y análisis de las estrategias seguidas por las mujeres hasta encontrarse en los puestos que ocupan.

El desprestigio del medio rural, asociado al atraso y al aislamiento, hizo que fueran escasas las opciones de permanecer en el pueblo, dejando esta opción sólo a quienes no pudieron marchar o renunciaron a ello por imperativo familiar. Fueron pocas las que se alejaron de las tendencias de expansión formativa seguidas por la mayoría, pero constituyeron la generación sobre la que se asentó el futuro con el que ahora nos encontramos: las menos formadas que ya veían anunciado el fracaso escolar y las que contaban con menos recursos familiares para apoyar la opción de abandonar el territorio.

Las nuevas estrategias han retocado, al menos parcialmente, las asociaciones establecidas en torno a la formación. El desarraigo y la formación han perdido su estrecha vinculación y los cambios legislativos en materia educativa y los apoyos familiares han propiciado hoy la finalización de la enseñanza obligatoria, incluso entre aquellas jóvenes más proclives al fracaso escolar. La finalización de la enseñanza reglada y también la continuidad de los estudios, es hoy más fácil para los y las jóvenes rurales, por lo que parece haberse difuminado la relación entre continuidad escolar y renta de las épocas precedentes.

Los datos de fracaso escolar indican además, que hoy es más fácil respecto a décadas anteriores que las jóvenes finalicen la enseñanza obligatoria con la titulación adecuada para hacer una primera y sencilla formación complementaria. También es posible seguir en las enseñanzas universitarias, pero ahora esta prolongación educativa no hace perder irremisiblemente el vínculo familiar y rural: hoy la formación no desarraiga.

Pero habría que decir, además, que tampoco es la vía que garantiza la independencia económica y la autonomía personal. Las nuevas generaciones de jóvenes ponen en cuestión la utilidad de la continuidad educativa como vía segura de inserción laboral. Con frecuencia, las mujeres optan por la inserción temprana al mercado de trabajo en un entorno laboral que muestra una importante presencia de mujeres formadas sin empleo y una mayor relación entre empleabilidad y baja cualificación.

Estas situaciones son más visibles hoy que en el pasado, momento en que el retorno tras la formación no contaba con el apoyo familiar. Hoy, la vuelta al pueblo al finalizar los estudios es una posibilidad adoptada por las jóvenes con formación que retornan al hogar de origen a la espera de una oportunidad laboral.

Si los cambios en los aspectos formativos han sido relevantes, destacan aún más los cambios en las estrategias laborales. La desagrarización y la salarización han sido las tendencias más visibles de las generaciones de mujeres de los años ochenta y noventa. Ambos fenómenos corrieron íntimamente unidos, pues las mujeres huyeron (o fueron expulsadas) de la agricultura familiar para arrojarse en el trabajo asalariado fuera y también dentro del sector agrario.

El familismo corrió también parejo a estas dos tendencias, pues las mujeres vieron en el salario una vía para lograr la autonomía y el reconocimiento que se le negaba en la familia de origen. Las cifras de paro y las condiciones de inestabilidad e irregularidad laboral no indican que la autonomía económica haya sido la tendencia más general para hablar de la inserción laboral

femenina, pero sin duda muestran la clara y persistente apuesta de las mujeres hacia la inserción laboral fuera de la familia. Esta tendencia ha proseguido su marcha a lo largo del tiempo hasta la actualidad, aunque hay que introducir algunos matices relevantes. La desagrarización se ha manifestado más como un alejamiento de las principales actividades agrarias familiares que como una huída de todas las tareas relacionadas con el sector.

Tanto entre las asalariadas como entre las que optan por el autoempleo, están muy presentes actividades agroganaderas secundarias, como la industria alimentaria o la horticultura. Otras han visto en el turismo rural una opción para seguir haciendo lo que saben pero alejándose de las tareas ganaderas que les desagradan y sobre las cuales tienen escasa capacidad de decisión.

También podría decirse que la desfamiliarización no ha sido la pauta más extendida. El término, en tanto describe el alejamiento progresivo de las mujeres de las actividades familiares agrarias, responde a la realidad, pero aquellas que hoy se conocen como *emprendedoras*, lo son en sectores ocupaciones con claros vínculos familiares, como los pequeños negocios rurales, la hostelería y el comercio.

Podría decirse que algunas mujeres han visto en las actividades agrarias no principales y en el autoempleo una de sus opciones más sencillas pues logran los objetivos de autonomía económica y personal sin renunciar al vínculo familiar.

Aunque sea relevante esta continuidad familiar en las comunidades rurales, hay que reconocer que el salto al trabajo asalariado en el sector terciario ha sido la tendencia más general adoptada por las mujeres jóvenes y cabe decir, respecto a esto, que la formación y el género sí han marcado diferencias. En el sector servicios las menos formadas han encontrado oportunidades laborales más fácilmente que las más formadas.

Las primeras en condiciones precarias y sujetas a la temporalidad, pero también las segundas, quienes han roto de manera visible la tradicional relación que vinculaba en el pasado residencia y territorio. Para las jóvenes, hoy la movilidad interterritorial es una pauta laboral no sólo deseada, sino utilizada para maximizar las posibilidades de encontrar empleo. Naturalmente surgen aquí las mayores dificultades para las jóvenes de menor renta, que se ven constreñidas a utilizar el transporte privado y, a la vez, sujetas a los servicios públicos.

Todas ellas buscan sus oportunidades laborales en las poblaciones próximas a los pueblos donde residen con el fin de compatibilizar empleo y residencia. Hay que añadir, como una tendencia fuertemente enraizada entre la población juvenil femenina, el rechazo al rol tradicional de ama de casa, en tanto cuanto implica una dependencia económica y social de otros. Las mujeres, de cualquier edad y condición, buscan hoy empleo como "la" opción para situarse socialmente y no esperan que ni la ayuda familiar ni el matrimonio les ofrezca esta oportunidad.

Pero también hay que decir que la domesticidad forzosa llega con el matrimonio y la maternidad, obligando a las mujeres a realizar reajustes en sus expectativas. Ante estas nuevas circunstancias vitales, las jóvenes ya no sólo actúan pensando en su propio beneficio sino en el de su grupo familiar, de ahí que surjan limitaciones y capacidades antes no presentes que les hacen reinterpretar nuevamente la realidad y adaptarse a ella.

Conclusiones. El camino hacia una nueva ruralidad

La comparación entre las estrategias seguidas en el pasado por las mujeres y las que ahora son preferidas por ellas nos ofrecen la posibilidad de analizar los elementos determinantes de estos comportamientos.

En el pasado, las estrategias femeninas se sustentaban en un objetivo prioritario: el desarraigo. Las mejores estudiantes usaban la formación como una estrategia de huida del pueblo y de la familia, quedando el matrimonio como la vía de escape del medio rural para las de menor éxito educativo o con menores recursos. En el medio rural quedaron, como algunos autores apuntan, las que “no podían marchar”, puesto que la mayoría lo deseaba. Hoy, tanto la formación como el matrimonio han perdido su carácter central en la configuración de las opciones de vida de las jóvenes y es la inserción laboral el elemento central sobre el que las jóvenes desean anclar su futuro.

Esto ha dado lugar a una reinterpretación de la vía más utilizada por las mujeres en el pasado para mejorar, la formación. Las jóvenes hoy, ya no asocian a la formación su carácter *desruralizante*, pero además se ha debilitado la relación positiva entre los estudios y el empleo. Rotas estas asociaciones la estrategia se pone en cuestión. Las jóvenes comienzan a detectar menores discrepancias entre formación y ruralidad y una asociación más débil entre la vida urbana y el empleo.

De una situación en la que la inserción laboral estaba íntimamente ligada a la formación y al empleo urbano, se pasa a una inserción posible en el entorno y que incluso resulta compatible con una formación escasa. El debilitamiento de la estrategia de expansión formativa, así como la mirada hacia la inserción laboral sin abandonar el medio rural, constituyen los elementos sobre los que asentar unas nuevas estrategias para dar respuesta a las expectativas de las generaciones de mujeres más jóvenes.

Los conflictos de género apenas se dejaban sentir en el pasado, mostrándose las mujeres jóvenes más favorables a la adaptación que al cambio de roles o a la búsqueda de nuevos modelos de relación en entornos no rurales. En el pasado fueron las madres quienes se revelaron, tomando decisiones que discriminaron positivamente a sus hijas y despejaron su futuro con la marcha del territorio. Probablemente hoy las políticas de igualdad y de inserción laboral están jugando este papel, pues se detectan como el instrumento manejado por las mujeres para lograr sus objetivos.

Las políticas europeas de inserción de jóvenes en la actividad agraria dieron continuidad, por su concordancia, al control por parte de los varones de las explotaciones agrarias. Antes, la familia se esforzaba en la expulsión de las jóvenes del medio cuando las políticas dirigidas a los jóvenes se empeñaban en su inserción y las políticas agrarias limitaban el desarrollo de oportunidades laborales no agrarias.

Hoy, las nuevas políticas de desarrollo encuentran un mayor eco y adecuación a los intereses de las mujeres. Siguiendo la estela de la modernidad, los intereses familiares e institucionales confluyen para asegurar la continuidad generacional en el medio rural.

Esto se ve favorecido por el propio proceso de transformación social del medio. Ante el debilitamiento de los referentes normativos de las instituciones tradicionales, los organismos públicos posibilitan unos modelos de acción (a la vez que frenan otros), pero además generan fuerzas dinamizadoras de cambio que antes procedían únicamente del ámbito privado de la familia.³²

Otro de los aspectos a destacar en este proceso de transformación social es la forma en que las mujeres conjugan la tradición y el cambio para el logro de sus objetivos. Los inconvenientes asociados al género, en particular el vínculo familiar, son utilizados por ellas para buscar las posibles oportunidades que ofrece el medio rural, un ejemplo de ello es la forma en que la informalidad doméstica favorece la flexibilidad o la importante expansión del autoempleo de carácter familiar.

Es curioso pero se trata de viejos medios para nuevos fines, una revisión (o actualización) de la tradición con el objetivo de responder con éxito a las nuevas circunstancias. Las mujeres sortean los inconvenientes, muy ligados al género, y los usan a su favor para ofrecer modelos que les permiten conciliar sus deseos y expectativas de autonomía personal con sus responsabilidades familiares y domésticas.

Es cierto que esto pone en evidencia las limitaciones para lograrlo, y la propia subordinación de género de las mujeres, además, quizás no haya tantas oportunidades para desvincularse del rol tradicional de ama de casa y esposa, pero sus pasos indican que están buscando una nueva dimensión a sus vidas sin apoyarse en el enfrentamiento ni en la resignación.

Otro de los aspectos que más se ha modificado tiene que ver con la visión del propio medio rural. Frente al aislamiento físico de no hace muchas décadas (en lo objetivo y en lo subjetivo) se cuenta hoy con una visión del mundo rural íntimamente conectada con el mundo urbano. Las diferencias objetivas se han aminorado pero la distancia subjetiva también es menor, ocupando así el medio rural una posición más igualitaria con el urbano en la sociedad.

Las relaciones con las urbes ha cambiado y se ha pasado de una subordinación fuerte, donde el rural se definía por aquello de lo que carecía frente al urbano, a una relación simbiótica. Aunque sigue manteniéndose la dominación material (la ciudad sigue siendo la proveedora de recursos de ocio, de empleo, de relación y de consumo) se ha roto la subordinación simbólica. Los rurales hoy no se perciben inferiores, aunque sigan subordinados a la ciudad por la necesidad de los recursos materiales de los que carecen (más incluso que en el pasado).

³² Aunque hay datos razonables para perfilar esta hipótesis faltan investigaciones que la corroboren.

Rota la dualidad entre un mundo atrasado y aislado frente a la apertura y las oportunidades urbanas, las mujeres hoy no encuentran contradicciones entre la residencia, el trabajo y las relaciones, tres aspectos que en el pasado las remitían irremisiblemente a la ciudad y al abandono del pueblo.

Precisamente cobra una especial relevancia en el cambio de estrategia femenina de inserción, la percepción acerca de la relación trabajo y territorio. Si las mujeres jóvenes de otras décadas vinculaban empleo a desarraigo, las jóvenes hoy no entienden que trabajo y territorio sean aspectos vitales contradictorios.

La percepción de un medio abierto y conectado les hace calcular el logro de sus objetivos en función de las posibilidades de movilidad interterritorial. Sus expectativas por ello pueden cubrirse en las poblaciones más próximas donde sea posible encontrar empleo, aunque esta movilidad sigue teniendo importantes dificultades en algunas áreas geográficas y entre algunas familias de menores recursos.

Supeditadas en el pasado a una movilidad limitada por cuestiones geográficas, económicas y de género, hoy contar con fáciles conexiones físicas o virtuales hacia las urbes es uno de los elementos sobre los que las jóvenes asientan su futuro y, en particular, su percepción de lograr éxito permaneciendo en el medio rural. Pero además, y objetivamente, la actual subordinación material de los pueblos a las urbes próximas puede hacer insostenible la dependencia si escasean los recursos para la movilidad.

En este proceso de asentamiento en el medio rural juegan un importante papel los cambios en las percepciones y los valores asociados a la propia ruralidad. Se han ido perdiendo las descripciones tradicionales de atraso y aislamiento para pensar hoy el medio rural como un espacio valorado por la sociedad, en particular por sus vínculos con la naturaleza y con la tradición.

Las propias mujeres son conscientes del deterioro de estos valores pero, precisamente por ello y por conocer la revalorización que tienen para *otros* (los no rurales), se aferran a ellos y se reafirman como mujeres rurales por vivir en espacios donde las relaciones humanas y las relaciones con la naturaleza son diferentes.

Podría decirse que este es el proceso más relevante detectado en las nuevas generaciones de mujeres, pues construyen su identidad en torno a la ruralidad que se torna ahora identitaria, un rasgo claro de la modernización social también del mundo rural español. La construcción de esta ruralidad nos está mostrando el camino seguido por las mujeres jóvenes y sus estrategias, pues construyen una ruralidad entre dos mundos sin que estos se perciban como opuestos ni incompatibles.

Todos estos cambios no son ajenos al resquebrajamiento de la sociedad tradicional y a las nuevas formas de afrontar el cambio en el propio medio. Los análisis sobre el papel activo de las mujeres en el entorno, se relegaba a la subordinación a la que la familia y la comunidad parecían otorgarle. Las propias mujeres no eran partícipes del cambio en su territorio y primaron sus estrategias privadas (alejarse del medio) sobre cualquier comportamiento

favorable al medio o la comunidad rural. Hoy, la participación social femenina es un rasgo que no escapa a los analistas, no solamente por sus repercusiones sino por sus propias dimensiones.

Las mujeres forman parte activa del proceso de cambio social seguido en el medio rural a través de su participación activa en las asociaciones y aparecen como protagonistas de la transformación social de su entorno bien como empresarias o como miembros de asociaciones o de partidos políticos.

Este proceso no es tampoco ajeno a la modernidad social. En el proceso de cambio se ha resquebrajado también la autoridad y el poder masculino, tanto dentro de la familia como en la propia comunidad rural. Sin duda esto ofrece un resquicio de entrada para nuevos modelos de comportamiento y para una aceptación más favorable de las mujeres en la vida pública.

El predominio en el pasado de una visión social de la mujer adscrita de manera preferente o exclusiva al ámbito privado pone aún en cuestión su participación pública, que cuenta con apoyos menores de los que se le ofrecen a los varones para participar en actividades políticas, culturales o empresariales.

Las mujeres no sólo tienen hoy una mayor capacidad para administrar el cambio en la comunidad rural, sino una menor resistencia y un mayor apoyo para que sus esfuerzos tengan resultados.

En resumen, el análisis que aquí se ha presentado acerca de los cambios en las estrategias de inserción social y laboral de las mujeres rurales de dos generaciones diferentes, bien podría ser un reflejo de la tendencia modernizadora de las sociedades tradicionales: la expansión de las decisiones personales con el consiguiente deterioro del poder tradicional, el debilitamiento de la solidaridad y de la cohesión comunitaria, o una visión del mundo más racional y reflexiva.³³

Algunos analistas de la modernidad han visto en estos cambios un camino hacia la ruptura de valores, hacia un vacío cultural que fuerza a perder el sentido de la vida relegando al actor social hacia sí mismo.³⁴

Pero hay que manifestar que analizados estos cambios como un proceso, es decir, en un sentido más dinámico y centrado en los actores sociales, y no como los resultados de un fenómeno de modernización social, las fórmulas adoptadas por las mujeres son más un reflejo de la capacidad de adaptación a los cambios que dé una muestra de la *desestructuración social*.

Se detectan aquí pautas de acción complejas que muestran el proceso de construcción de una nueva ruralidad, y más bien parece que el sujeto no se *subjetiviza*, sino que logra conjugar lo individual y lo social y encontrar *su lugar en el mundo*. En la línea teórica planteada por Giddens (1999) podemos ver cómo hoy se altera de manera significativa la identidad personal en el proceso de modernización social, pero es justamente esto lo que obliga a crear y recrear la identidad permanentemente, a renovarla constantemente. Y las estrategias de acción seguidas por las mujeres jóvenes indican que estas están mejor capacitadas que las de otras épocas para hacerlo.

³³ Estos son algunas de las dimensiones de la modernidad analizadas por Berger y Luckmann, (1995).

³⁴ Este planteamiento ha sido defendido por Tourain en *La sociedad desestructurada* (1976).

La modernidad ofrece nuevas posibilidades y mecanismos para la acción, aumentando la capacidad del individuo para autotransformarse y transformar el mundo que le rodea. Las mujeres buscan fórmulas para dar continuidad a la ruralidad sin rupturas y parecen conseguirlo precisamente en el proceso de construcción de su propia identidad como mujeres rurales.

Hay cambio de valores y hay también conflictos entre géneros y entre generaciones que no permanecen ocultos al intentar comprender la manera en que las mujeres afrontan los cambios sociales de su entorno y se plantean su presente y su futuro. Pero las mujeres muestran en sus conductas y en sus reflexiones las mejores formas de conjugar la modernidad y el cambio sin rupturas abruptas entre los valores tradicionales y modernos ni enfrentamientos irresolubles entre géneros o entre generaciones.

Con sus estrategias de acción nos están mostrando las pautas que han ido en retroceso y aquellas que se muestran con mayores posibilidades de continuidad. Pero sobre todo nos muestran la manera de afrontar con éxito esta nueva ruralidad difusa que hoy intentamos desentrañar.

Las tendencias que se han apuntado muestran cambios en las estrategias seguidas por las mujeres para lograr sus objetivos. Tanto los apoyos públicos como los privados, y la conjunción entre ambos, pueden determinar que ciertas acciones encuentren respaldo y otras, por el contrario, se vean bloqueadas.

En este sentido cabe destacar algunos de los elementos que pueden constituir un bloqueo significativo para que las mujeres logren sus objetivos y estos bloqueos tienen que ver con las posibilidades reales de lograr aquellos que nos están diciendo que desean: encontrar fórmulas que les permitan combinar sin renuncias su autonomía personal y la vida en el medio rural.

Evidentemente las nuevas generaciones de mujeres buscan autonomía personal y reconocimiento social, aspectos que se logran más fácilmente a través del empleo. Aunque estos objetivos no deberían estar reñidos ni con la constitución de una familia ni con la maternidad, el caso es que los roles tradicionales de género siguen pesando de manera significativa entre las mujeres, muy especialmente a partir del matrimonio y la maternidad, obligándolas a revisar sus expectativas vitales y con ello sus estrategias de inserción social y laboral.

Con importantes dificultades, las mujeres persisten en su empeño por integrarse en el mundo del trabajo, pero aquí también la discriminación de género les afecta, más que a otros grupos, a través de menores oportunidades de empleo y de peores condiciones laborales. Pero además, el propio territorio constituye un espacio de dificultades.

Se ha logrado un alto grado de aceptación y de respeto de las expectativas de vida de las mujeres, tanto por parte de las familias como de la comunidad rural, pero la falta de movilidad o las dificultades de vínculos (virtuales y reales) con las ciudades próximas supone un importante freno a su desarrollo.

En clave positiva cabe destacar que los elementos más fuertes sobre los que se asientan las estrategias femeninas para tener éxito tienen que ver hoy con el avance de la identidad rural y de la participación social, pues en ambos casos anclan a las mujeres al territorio ofreciéndoles unos soportes culturales y de valores que constituyen la base sobre la que afianzan su futuro.

Queda pues pendiente un avance hacia la igualdad entre géneros y un avance hacia la integración laboral, como hemos apuntado, pero parece oportuno construirlo a partir de la ruralidad que estas jóvenes nos están mostrando y que integra sus expectativas individuales con las que poseen como miembros de la comunidad rural.

Bibliografía

Alario Trigueros, M., 2004, "El turismo rural en España", en *Atlas de la España rural*. Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación, pp. 356-358.

Berger P.L. y Luckmann, T., 1976, *La construcción social de la realidad*, Amorrortu, Buenos Aires.

Camarero, L. Sampedro, C. y Vicente-Mazariegos, J., 1991, *Mujer y ruralidad en España. El círculo quebrado*, Instituto de la Mujer, Madrid.

Camarero, L., 1997, "Pautas demográficas y espaciales de las transformaciones del medio rural", en *Agricultura y sociedad en la España contemporánea* de Gómez Benito y González Rodríguez. CIS y Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación, Madrid, pp. 225-246.

Camarero, L., 2002, "Pautas y tendencias demográficas del medio rural: la población rural en la última década del siglo xx" en *Agricultura y Sociedad en el cambio de siglo*, de Gómez Benito y González, McGraw Hill, pp. 63-77.

Camarero, L. y Oliva, J., 2004, "Los paisajes sociales de la ruralidad tardomoderna", en *Atlas de la España rural*. Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación, pp. 426-435.

Camarero y col., 2005, *Emprendedoras rurales: de trabajadoras invisibles a sujetos pendientes*, Centro Francisco Tomás y Valiente, Valencia.

Casal, J. y col., 2006, "Aportaciones teóricas y metodológicas a la sociología de la juventud desde la perspectiva de la transición", en *Papers*, Revista de Sociología, núm. 79, pp. 21-48.

Comas, D. y col., 2003, *Jóvenes y estilos de vida*. Ministerio de Asuntos Sociales, Madrid.

García Bartolomé, J.M. Gómez Benito, C. y González, J.J., 2005, "La juventud agricultora", en *Juventud Rural 2000*, INJUVE, Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales, Madrid, pp. 89-121.

García Bartolomé, J.M., 2005, "Reflexiones sobre la situación de la juventud en la sociedad rural", en *Revista de Estudios de Juventud*, 48, pp. 9-19.

———, 1999, "Mujeres rurales, sociedad civil y desarrollo rural" en *Mujeres y sociedad rural: entre la inercia y la ruptura* de García Bartolomé (coord.), Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación, Madrid.

Garrido Medina, L. y Gil Calvo, E., 1993, *Estrategias familiares*, Alianza Editorial. Madrid.

González Fernández, M., 2002, *Sociología y ruralidades*. Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación, Madrid.

———, 2004, "Mujeres en la agricultura y en la sociedad rural" en *Atlas de la España rural*, Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación, Madrid. pp. 146-159.

———, Díaz Méndez, C. y Herrera Racionero, P., 2002, *Mujeres rurales en España. Análisis crítico de la producción documental (1990-2002)*, Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación, Madrid.

García Ramón, M.A. y Baylina Ferré M., 2000, "Estudios rurales y género en Europa y en España: un estado de la cuestión", en *El nuevo papel de las mujeres en el desarrollo rural* de García Ramón y Baylina Ferre (ed). Oikos-tau. Barcelona, pp.23-64.

García Sanz, B., 2004, *La mujer rural ante el reto de la modernización de la sociedad rural*, Instituto de la Mujer, Madrid.

González, J.J., 2004, "Juventud y nueva ruralidad" en *Atlas de la España rural*. Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación, Madrid, pp. 140-144.

———, De Lucas, A. y Ortí, A., 1985, *Sociedad rural y juventud campesina. Estudios sociológicos de la juventud rural*, Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación, Madrid.

——— y Gómez Benito, C., 1997, "Clases agrarias, estrategias familiares y mercado de trabajo" en *Agricultura y Sociedad en la España contemporánea*, de Gómez Benito y González (coord.), Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación y CIS. Madrid, pp. 565-580.

——— y Gómez Benito, C., 2002, *Juventud Rural 2000*, INJUVE, Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales, Madrid.

Giddens, A., 1999, *Un mundo desbocado: los efectos de la globalización en nuestras vidas*, Taurus, Madrid.

Díaz Méndez, C., 1997, *Estrategias familiares y juventud rural*, Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación, Madrid.

———, 1997b, "Modelos de inserción sociolaboral de las jóvenes rurales", en *Papers Revista de Sociología*, 54, pp.113-128.

———, 2005, "Aproximaciones al arraigo y el desarraigo femenino en el medio rural: mujeres jóvenes en busca de una nueva identidad rural" en *Papers, Revista de Sociología*, 76, pp. 63-84.

——— y Dávila Díaz, M., 2007, *Familia, trabajo y territorio: tres anclajes sociales dinámicos para la integración de las jóvenes en una sociedad rural difusa*, Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación, Madrid.

Etxezarreta, M., 1985, *La agricultura insuficiente*, Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación, Madrid.

Langreo Navarro, A., 2000, "Retos formativos y demandas profesionales de las agricultoras", en *Mujer y sociedad rural: entre la inercia y la ruptura*, Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales, Instituto de la Mujer, Madrid, pp. 131-139.

——— y Benito García, I., "La mujer en la agricultura y en el medio rural" en *Agricultura Familiar en España 2005*, Anuario UPA, pp. 104-128.

Molinerio Hernando, F. y col., 2004 (coord.), *Atlas de la España rural*, Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación, Madrid.

Moyano Estrada, E. y Fernández Durantez, M.C., 1990, "Teoría y práctica de la instalación de jóvenes en la agricultura" en *Revista de Estudios Agrosociales*, 154, Madrid, pp. 7-37.

Nuevo España, T., 2000, "La mujer joven en el medio rural", en *Revista de Estudios de Juventud*, Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales, Madrid, pp. 91-96.

Oliva, J. y Camarero, L., 2002, *Paisajes sociales y metáforas del lugar*, Universidad Pública de Navarra, Navarra.

Palenzuela, P. Cruces, C. y Sánchez, M., 2002, *Mujeres empresarias y mujeres políticas en el medio rural andaluz*, Junta de Andalucía, Universidad de Sevilla, Sevilla.

Paniagua, A., 2002, "Autoempleo de alta cualificación en la España rural", en *Scripta Nova, Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*, Universidad de Barcelona, vol. VI, 119.

Prados Velasco, M.J., 2000, "El último eslabón en la cadena de producción. Manipuladoras e industrias agroalimentarias en Andalucía", en *El nuevo papel de las mujeres en el desarrollo rural* de García Ramón y Baylina Ferre (ed.), Oikos-tau., Barcelona, pp. 133-150.

Sampedro Gallego, R., 1991, "El mercado de trabajo en el medio rural: una aproximación a través del género", en *Política y Sociedad*, 8, pp. 25-33.

Tourain, A., 2002, "La sociedad desestructurada (conferencia)", en *Teorías para una nueva sociedad*, de Castells, Giddens y Tourain, Cuadernos de la Fundación M. Botín, pp. 17-46.

Vera, A. y Rivera, J., 1999, *Contribución invisible de las mujeres a la economía: el caso específico del mundo rural*, Instituto de la Mujer, Madrid.

Vicente-Mazariegos, J., 1993 (coord.), *Situación socioprofesional de las mujeres en la agricultura*, volúmenes I, II, III, IV, V, Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación, Madrid.

Villarino Pérez, M. y Canovas Valiente, G., 2000, "Turismo rural en Galicia: sin mujeres imposible", en *El nuevo papel de las mujeres en el desarrollo rural* de García Ramón y Baylina Ferre (ed.), Oikos-tau, Barcelona, pp. 171-198.

Víruela Martínez R. y Domingo Pérez C., 2000, "Mujer y trabajo en el contexto regional español", en *El nuevo papel de las mujeres en el desarrollo rural*, de García Ramón y Baylina Ferré (ed.), Oikos-tau, Barcelona, pp. 65-90.

VV.AA., 1991, *Las trayectorias de la ruralidad en la sociedad itinerante (I y II)*, números 8 y 9, *Revista Política y Sociedad*, Universidad Complutense, Madrid.